

CUENTOS CASTELLANOS

La entrada de la Virgen.

Garci-Sancho, es un pueblecito de la llanada, como Donvidas, Gutierre Muñoz, Blascomillán.... de escaso vecindario, con enjalbegadas y humildes casitas que forman caprichosas calles y angostas callejuelas sin salida, presidido por la espadaña de la Iglesia que, situada en lo más alto, semeja una virgen que le bendice y vela su tranquila vida.

Tiene su obligada plazoleta, ensanche en tanta estrechez, pulmones para tanto ahogo, oxígeno contra los miasmas que desprenden albañales y boyerías.

En uno de sus ángulos, se destaca muy viejo casón, achatado, con escasos pequeños huecos y dovelada puerta, en cuya clave, aún queda el relieve del rancio blasón, con orla de aspás y calderos y en su único campo, sobre cruz de calatrava, alargado castillo, todo coronado por casco guerrero, cerrado y con plumas que ondean, pregonero de la nobleza y hazañas de un señor a quien hiciera merced un Príncipe.

Su impecable fachada, nada dice de lo anacrónico que al presente se observa en sus cámaras y retretes.

Lo habitaban «los señores»—como llamaban con cariño en Garci Sancho—al venturoso matrimonio que desde la vieja casona, cuidaba de la hacienda que recibiera de sus mayores, miraba como propios a los vecinos, en su mayoría sus colonos y dependientes y al que Dios bendijera con larga descendencia, cuatro pequeñuelos y tres niñas, encanto de aquella aldeana vida y embeleso de tan bien quistos progenitores.

* *

Esa madama con que todo esposo quiere orlar la frente de la esposa, el porvenir que ambos anhelan para sus hijos y el mundo que todo padre conquistaría para sus hijas, pusieron un día a «los señores» en el duro trance de tener que trasladarse a la ciudad, en busca de colegio que mol-

deara aquellos corazones, copitos de nieve, donde ya era llegada la hora de marcar orientaciones, antes que de lleno les abrazara la vida.

Y los bargueños y tapicería, los fraileros y mesas de nogal, los fibores y cuadros de bodegón y cetrería que ornamentaban cámaras y retretes del casón, fueron sustituidos por el escaño en el portalón, la limpia espetera en la cocina, vistosas oleografías de santos en las paredes y humilde mobiliario, del mayoral de los abuelos, el viejo y honradote Nicomedes que con la *señá* Agustina su hacendosa mujer, desde él continúan la serie de prodigalidades que los amos tanto encarecieron antes de su partida.

Y sigue la casona siendo el centro panóptico desde donde se descubren las interioridades del pueblo, cuyos gañanes, zagalones y hombría de bien, atienden como a oráculo al abuelo Nicomedes que por igual distribuye trabajo y bondades y cuyas viejas y mozonas forman la corte plebeya de la *señá* Agustina, en la angostura de su señorial principado, desde el que actúa de Berenguela, modelando almas, y hasta de Mónica, encauzando entendimientos y pasiones.

* *

Todos los pueblos de la llanada castellana, con la solicitud que conservan el vino rancio en odres viejas, guardan en los repliegues de su corazón una como modalidad o peculiar característica que la tradición ha marcado a buril en el genérico nombre de «costumbre».

Modalidad, típica característica, por cuyas ventanas asoman todos los sentires, la apacibilidad de suave vida que durante el curso de un año guardan muy adentro, para en el señalado día de la fiesta patronal derramarse toda hacia fuera.

«Costumbre», sacramental palabra, consagrada por la idiosincrasia que distinta en todos, tiene en todos los pueblos algo de común que les sirve como de divisa y bandera.